

Los músicos dom de Egipto

KEVIN HOLMES

Las tierras de Oriente Medio y del Norte de África todavía son testigos de la música, las canciones y los poemas de los músicos gitanos.

El taxista egipcio condujo hábilmente por la carretera tortuosa y cubierta de arena que nos llevó hasta la casa de un músico *dom*. Sorteó cuidadosamente a los muchos niños, animales domesticados, montañas de arena y baches, y nos llevó al apartamento situado en la planta baja de un edificio de ladrillos todavía por terminar. He visitado a esta familia en numerosas ocasiones y siempre me reciben calurosamente en su modesto hogar, con pocos muebles y el suelo sucio. Recuerdo que la primera vez que visité esta casa el hijo mayor, al conocer mi interés por la música egipcia, sacó rápidamente su *rababah* (violín árabe), se puso un *jalabaya* nuevo (la prenda que llevan los hombres) y una bufanda, y me deleitó con el sonido de su excepcional instrumento. Al no estar presente su padre, el hijo se esforzó en tocar su *rababah* mientras su hermano pequeño acompañaba la melodía con la tabla. Mientras tocaban, la cara del hijo mayor revelaba su frustración con el ritmo errático del tambor que tocaba su hermano. Rápidamente, otro de los hermanos se puso a tocar el tambor. La calidad de la música mejoró algo pero era evidente que el hermano mayor aún estaba aprendiendo a tocar el instrumento. El retorno del taxista puso fin a nuestro rudimentario concierto de *rababah*. Cuan-

do me iba, el hombre de respeto de la familia regresó por sorpresa e inmediatamente me hizo volver a su casa.

Siendo un verdadero profesional, su excepcional talento demostró al instante el potencial de su *rababah*. Sentado en el borde de la cama, se puso el *rababah* sobre una pierna y deslizó suavemente el arco por las cuerdas de crin de caballo. De la madera oscura emanó un profundo sonido melódico. Su cara morena sonreía, dejando ver su reluciente dentadura bajo un espeso bigote. Con su ancha y verde *jalabaya* y la cabeza cubierta por una tela blanca, parecía un poeta épico, de una tradición familiar atemporal.

El padre contó que él y sus hermanos habían aprendido a tocar el *rababah* de su padre. Su padre había aprendido de su abuelo quien, a su vez, había aprendido de su bisabuelo. No sabía de ningún antepasado que no hubiese tocado este instrumento. La familia de su mujer eran músicos y su suegro y cuñados también tocaban el *rababah*. Sorprendentemente, sólo uno de sus hijos sigue sus pasos, aunque, dado que el estado de la música en vivo está en horas bajas, quizás sea lo mejor.

El hombre de respeto recordó con cariño el tiempo en que su talento era requerido en bodas y cafeterías de todo Egipto.

Hoy en día apenas hay demanda, pero él continúa estando orgulloso de su herencia musical y cultural. “¡Todos los que tocamos el *rababah* en Egipto somos de Halab!”, afirma con atrevimiento. Con motivo de mi visita reunió a varios músicos de su familia para realizar un concierto que corroborase su afirmación. Su hermano y su sobrino habían llegado antes con sus instrumentos, el *rababah* y un tambor. Vestidos ahora como los músicos egipcios, con el colorido y tradicional jalabaya y la cabeza cubierta, afinan sus instrumentos. El talento aparece al instante. Las hermosas melodías llenan la pequeña habitación. El redoble es fascinante y el sobrino lleva el ritmo con seguridad. Cuando empieza la canción sus voces se funden al unísono. Desconozco muchas de las palabras que cantan. Consciente de ello, el padre, siguiendo la tradición creativa del poeta épico, compone un nuevo verso mientras me canta, en un inglés chapurreado y en árabe, algo sobre el país de donde vengo.

Tras ver fotografías y tomar varias tazas de té, me despidió de nuestros anfitriones deseando volver a visitar a esta familia de músicos.

Hoy en día apenas hay demanda, pero él continúa estando orgulloso de su herencia musical y cultural

Nuestro carro, tirado por caballos, deja la calle principal y toma una calle estrecha de cincuenta metros que acaba de forma abrupta. Paramos delante de la puerta y bajamos del carro para que el conductor diese marcha atrás en el callejón con el caballo y el carro. Mi guía, un vecino de la zona, había localizado la casa de un músico *dom* gracias a sus contactos dentro de la ciudad rural egipcia. Mientras nos acercábamos al edificio de ladrillos, la familia gitana nos dio la bienvenida a su casa pero nos informó de

que el padre de la familia, que era quien tocaba el *rababah*, estaba fuera. Nos ofrecieron unos refrescos y nos aseguraron que volvería pronto.

Nos describió sus muchas experiencias en el mundo de la música en países de Europa, Estados Unidos y Canadá

En mejores condiciones que muchas de las casas de otras familias gitanas que he visitado, el interior de esta habitación estaba enyesado y pintado, aunque necesitaba cuidado. Una gran cortina dividía la sala de estar. Corrieron la cortina pero aún así separaba buena parte de la habitación, donde estaban sentados varios niños y mujeres *dom*. En el suelo había una anciana sentada con las piernas cruzadas que durante todo el tiempo que duró nuestra visita se dedicó a limpiar un cuenco de cereales. Los niños pequeños y a medio vestir corrían y jugaban por las habitaciones y sobre un viejo sofá. Las adolescentes y mujeres de mediana edad se movían por las habitaciones pero no se quedaban mucho tiempo. La familia tuvo un comportamiento muy hospitalario mientras esperamos a que llegase el padre.

Las miradas curiosas y las risas de los niños nos entretuvieron durante la primera hora de espera y justo unos minutos antes de que llegase el padre tuvimos otra forma de entretenimiento. Un hombre mayor, un pariente de la familia según nos dijeron después, vestido con un traje negro de mala calidad llegó a la casa y nos enseñó sus trucos de magia. Empezó con un truco en el que movía con destreza pelotas de ping-pong entre sus manos y que luego, por arte de magia, salieron de los bolsillos de su chaqueta. Para finalizar su actuación, hizo ver que se tragaba una pelota de ping-pong para luego hacer salir de su boca muchas otras

pelotas. Poco después de su actuación llegó el padre. Era un hombre con un físico impresionante y llevaba puesta una *jalabaya* de color azul claro y una bufanda a juego. A diferencia de otros hombres *dom*, también llevaba gafas de sol de diseño y un gran

La suya era una tradición musical que había sido transmitida de generación en generación

reloj chapado en oro. Estaba encantado con la idea de demostrar su habilidad con el *rababah* y, quizás también, vendernos alguna de sus cintas. Para demostrarnos su gran talla como músico, nos describió sus muchas experiencias en el mundo de la música en países de Europa, Estados Unidos y Canadá. Como prueba, sacó rápidamente sus papeles y su pasaporte para enseñarnos los sellos de muchos países europeos. ¡Se reía mientras nos contaba su capacidad para cuidar de sus cuatro mujeres y sus veintidós hijos! En este ambiente de buen humor y frivolidad, empezó a afinar su *rababah*.

Toda la familia se reunió en la habitación principal para ver o participar en el concier-

to. Uno de los hijos sacó el tambor, otro afinaba las cuerdas de un segundo *rababah* mientras el padre conseguía hacer una melodía con el suyo. Tras un breve espacio de tiempo en que afinaron los instrumentos y discutieron sobre qué canción tocar, empezó la actuación. La habitación estalló en un ambiente festivo y los vecinos de la calle se unieron a la fiesta. Animado por el gran ambiente, el padre empezó a girar el mástil del *rababah* y a aumentar el ritmo de la música. Se hicieron evidentes sus años de experiencia y su pasión por la música. Tras varias canciones, él y sus hijos se tomaron un descanso y tomamos té mientras hablamos de su carrera. Nos enseñó con orgullo su ya gastado *rababah* y nos contó que las cuerdas de crin de caballo eran de mejor calidad que las cuerdas de metal de otros *rababah*. Su mujer sacó un álbum de fotos y nos enseñó muchas fotos de su carrera como músico tanto en Egipto como en muchos otros países. Contó que había aprendido a tocar el *rababah* de su padre, y que su padre había aprendido de su abuelo. La suya era una tradición musical que había sido transmitida de generación en generación. Nos despedimos después de tomar el té y de conversar. Y, por supuesto, le compré un cassette.



Kevin Holmes es coordinador de Estudios Dom en el norte de África del Dom Research

Center